

# Reflexión y crítica

## Adquisición del lenguaje y antropología

Teresa Bejarano Fernández

Según la propuesta aquí esbozada, el concebir la interioridad de mi interlocutor como interioridad distinta a la mía e inasumible por mí sería una capacidad más básica que las representadas por el pleno lenguaje y por el pensamiento articulado y recombinable. A fin de aclarar esta cuestión, nos preguntamos en primer lugar por la adquisición de la palabra aislada y luego abordamos la cuestión del origen de la sintaxis. El interés que nos impulsa en esta investigación es de tipo antropológico.

¿Puede el estudio de cómo llegamos al lenguaje resultar iluminador para quienes se preguntan por la relación que unas con otras guarden las cualidades exclusivamente humanas? Si la propuesta que aquí vamos a esbozar fuera correcta, ese interrogante tendría que ser contestado afirmativamente. En efecto, según nuestro análisis la plena capacidad lingüística, con todo lo que ella representa para el despliegue intelectual, dependería y sería inmediata consecuencia de la captación de un contenido mental ajeno y sentido así —como no propio— en la captación. Dicho de otro modo, el concebir la interioridad de mi interlocutor como interioridad distinta a la mía e inasumible por mí, sería una capacidad más básica que las representadas por el pleno lenguaje (el que incluye las predicaciones y necesita la sintaxis) y por el pensamiento articulado y recombinable.

Para emprender el camino hacia lo que acabamos de adelantar, debemos dividir el problema de la adquisición del lenguaje. Así, nos preguntaremos en primer lugar por la adquisición del significado de la palabra aislada (¿palabra?: quizá fuera mejor llamar prepalabra a cuanto el aprendiz puede sin involucrar la sintaxis conseguir). Y será sólo después de haber estudiado esa cuestión cuando podremos pasar a la segunda —la del origen de la sintaxis— que es la que realmente puede ser útil a nuestra curiosidad antropológica.

I La adquisición del significado de la palabra

Ia Contra el círculo vicioso, los anclajes primitivos

Un círculo vicioso parece amenazar esa adquisición. Es ingenua e incorrecta la creencia de que la ostensión del referente basta para proporcionar a un receptor ignorante del lenguaje el significado de la palabra; en efecto, es sólo a la oración completa a lo que puede darse interpretación empírica. Ahora bien, ¿cómo interpretar una oración sin saber el significado de las palabras aisladas? <sup>1</sup> Para hacer frente a ese dilema, yo distinguiría un momento inicial, en el que sin mediación de sintaxis se adquirirían algunos pocos significados, y después, la continuación, en la que se aprendería todo el resto del léxico, y que operaría a partir de la interpretación oracional razonablemente conjeturada y de aquellas palabras de la oración que previamente se conocieran.

Ib Los dos requisitos para la adquisición de los anclajes primitivos

La adquisición de los anclajes (es decir, de los pocos significados de palabra cuya adquisición sería anterior a la de la sintaxis) sólo podrá hacerse si se dan mensajes que no tengan combinación sintáctica <sup>2</sup>, y cuyo correlativo extralingüístico fuera inmediata y fácilmente detectable como el único adecuado. Esos dos requisitos serían satisfechos si los primeros mensajes recibidos por el niño resultaran equivalentes a aquéllos por los que su producción lingüística comenzará, es decir, equivalentes a las holofrases. En efecto, las holofrases son radicalmente asintácticas y de función conativa <sup>3</sup> (petición o llamada). Respecto a la

---

<sup>1</sup> «Dilema de la referencia» llama a eso Davidson, 1977. La solución que ese autor propone es que «los significados de las palabras tienen una función en la explicación dentro de la teoría, pero esa función la desempeñan sin necesitar confirmación independiente o base empírica (...). No se pueden confirmar a base de producir evidencia para ellos aisladamente, sino a base de considerar la evidencia para una teoría completa del lenguaje». Nosotros vamos a rechazar eso. Independientemente de que pueda o no chocar el holismo semántico (véase Searle, 1987), lo que nos parece decisivo es que ese modelo le exigiría al aprendiz una inverosímil capacidad de procesamiento.

<sup>2</sup> Sin ser combinación sintáctica ni explícita ni tampoco implícita. En efecto, la recuperación contextual del sujeto de una predicación, sólo resultará fácil para el que conozca con seguridad el significado del término usado como predicado. Así pues, para el aspirante a intérprete, las oraciones predicativas de una sola palabra, lejos de ser alivio, supondrían un agravamiento de las dificultades.

<sup>3</sup> A veces se ha hablado de holofrases protodeclarativas o de *nombreamiento*. Pero respecto a eso creo que aciertan las siguientes líneas: «Dado que el *nombreamiento* es proporcionalmente más frecuente en los sujetos más jóvenes, es posible que al comienzo de la adquisición del lenguaje el niño, a la vez que solicitando la atención, estaría negociando significados —es decir, buscando la confirmación y el aplauso del adulto a su etiquetación—» PÉREZ, M. y CASTRO, J., p. 26. Según esto, esas producciones serían, pues, de tipo conativo, y no predicativo, por más que sean unas conativas es-

importancia del segundo rasgo, advirtamos cómo en una petición o llamada (actos de habla con «dirección de ajuste» lenguaje-mundo, en la terminología de Searle) el correlato extralingüístico se pone en movimiento como consecuencia del mensaje: lo que ha sido pedido será en los casos normales dado, y quien ha sido llamado acudirá. Ahora bien, el estadio holofrástico se entiende habitualmente como estadio en la producción lingüística, y así entendido no es nada que pueda dar cumplimiento a los requisitos; lo que nosotros necesitaríamos para explicar la adquisición de los anclajes primitivos es una recepción holofrástica. ¿Sería verosímil proponer que una tal recepción es la de los comienzos del niño?<sup>4</sup>.

### Ic La recepción en el estadio holofrástico cumpliría los requisitos

Desde luego, y por mucho que el *motherese* sea una realidad, los mensajes que llegan a los oídos del niño distan mucho de estar confinados a lo conativo. Ahora bien, si el niño comprendiera las otras funciones comunicativas que oye, ¿por qué no iba a emplearlas en su producción? Si se nos ocurre que porque la producción de predicaciones le exigiría tiradas articulatorias más largas o mayor riqueza léxica, debemos descartar la ocurrencia. En efecto, muchos mensajes de función predicativa no tienen aparte de su condición funcional nada que pueda explicar su mayor dificultad: pensemos en que el niño, que cuando se le pregunta «¿Y papá?», es incapaz de contestar «Ahí», ha formulado a menudo justo con ese término su petición de ser trasladado. Precisamente en relación con eso, debemos citar también un típico «error infantil revelador» puesto de relieve por la escuela de Ginebra. La madre pregunta «¿Y los zapatos? ¿Dónde están los zapatos?», y el niño se lanza, o bien a traerlos, o bien, si ello no le es posible, a tocar el sitio donde él sabe que están. Lo que, en cambio, no hace nunca el niño holofrástico es contestar «Ahí». La explicación para esa curiosa conducta sólo puede ser que el niño entienda como peticiones lo que en realidad son preguntas.

Pero para argumentar en pro de la verosimilitud de aquel tipo de recepción en el que se podrían adquirir los anclajes primitivos, no sólo debemos hacer por descartar la existencia de comprensión de predicaciones y preguntas. Nos espera también la tarea, ya ésta positiva, de sostener que el niño pequeño sería adecuadamente sensible a lo entonatorio —a lo entonatorio sin lo cual «¡Agua!» o «¡Manolo!» no serían conativas—. En efecto, dado que, como rezaba el primer polo

---

peciales, que no querrían conseguir un objeto físico sino la aprobación del adulto. (Este tipo de conativas señala evidentemente una de las mayores diferencias entre los dos orígenes histórico y ontogenético).

<sup>4</sup> Eso acercaría —nótese— la adquisición infantil al asunto —nebuloso, resbaladizo, pero no por ello menos real— del origen histórico del lenguaje.

del dilema o círculo vicioso, la palabra aislada no puede ser el foco de la interpretación empírica, la única salida por la que se hace posible la adquisición de los anclajes es la de hacer que la entonación desempeñe el papel de la sintaxis. Pues bien, sin hablar de la impresión casi invencible que cualquiera que haya tratado con bebés tendrá sobre este asunto, podemos mencionar la universalidad interidiomática de lo esencial de las pautas entonatorias, la respuesta adecuada que a ellas dan ciertos animales, y la localización separada —en hemisferios cerebrales distintos— de la entonación y de lo articulatorio-fonético<sup>5</sup>. Hoy día, realmente, aunque se siga discutiendo si tales entonaciones son o no de carácter biológico e innato, es opinión generalizada que el comprender lo articulatorio-fonético llega bastantes meses después de que el niño haya mostrado receptiva entonatoria<sup>6</sup>.

## II *El camino hacia la sintaxis*

Conseguido, junto con los anclajes primitivos, el análisis que nos propusimos en la Primera parte, podemos ya enfrentarnos a una cuestión más interesante —la de la aparición de la sintaxis—. Nuestro punto de partida puede ser el preguntarnos si acaso habrá en esos anclajes algo que pueda explicar la evolución que les aguarda, tan distinta a la falta total de futuro de los gritos animales. Por supuesto, no es en absoluto forzoso que tenga que haber ya en la holofrase misma ningún germen diferencial capaz de explicar el despliegue futuro: en efecto, podría resultar que éste se explicara justo por cosas que en la holofrase aún no se manifiestan. Pero aunque no haya, pues, seguridad de que se pueda encontrar por este camino lo que buscamos, nada perdemos por intentarlo.

### IIa Fracaso de un primer candidato a germen diferencial

Un criterio que de entrada se presenta con visos de adecuado para caracterizar frente a la comunicación animal a las holofrases del niño es el de que éstas conjugan valor modal —conativo, en concreto— y valor semántico aséptico, es decir, discriminante de referente. Notamos, en efecto, que en la comunicación deliberada de un perro que ladra a su amo cuando ve que éste abre el armario de la comida, el valor semántico discriminante de referente falta. Es verdad que la situación lo suple perfectamente, pero no menos verdad es que el «¡Mamá!»

---

<sup>5</sup> DEGLIN: 1976 y PERECMAN (ed.) 1983, p. 92.

<sup>6</sup> Como se ve, nuestra propuesta saca partido a lo que funciona en la comunicación prelingüística, es decir, a lo entonatorio y a los gestos indiscutiblemente prelingüísticos (no tan dudosamente tales como los de asentimiento y no asentimiento: en DAVIDSON y HINTIKKA: eds. 1969, p. 312, y en MILLAR, 1985, p. 38, o en WEIR, 1986, p. 172, o SOLOMON, 1989, p. 116, puede ampliarse este punto).

lleva en sí mismo cierta<sup>7</sup> capacidad discriminante del objeto llamado mientras que, por el contrario, el ladrido carecería totalmente de tal capacidad si lo desgajamos de la situación entendida ésta en el sentido más puntual.

Pero ese criterio resulta incapaz de distinguir a la holofrase infantil frente al siguiente tipo de comunicación animal. «Las llamadas de angustia de unas crías de chimpancé fueron reproducidas ante los adultos de su clan. Muchos de los que escuchaban dirigieron su atención inmediatamente a la madre del pequeño cuya llamada se oía. Evidentemente, el chimpancé puede identificar a la madre de una cría por el mero grito de llamada y petición de ayuda de la cría en cuestión»<sup>8</sup>. Como se ve, ese grito, incluso desgajado de su situación puntual, mantiene, además de su valor modal, ese otro valor, el discriminante de referente, con que antes creímos haber atrapado nuestro objetivo.

### Iib Llamada de cría frente a holofrase

Ahora bien, la discriminación del objeto de la llamada se realiza en el caso de la holofrase por un recurso imitado, mientras que en la llamada del pequeño chimpancé, en cambio, por un recurso no imitado. El timbre peculiar de la voz o sonido que cada cual emite es individual e intrasferible, y es de ese rasgo de donde pende toda la discriminación de objeto conseguida por el grito de la cría. La secuencia articulatorio-fonética de la holofrase, en cambio, es una pauta conformada por imitación<sup>9</sup>.

¿Qué se puede en primera instancia decir de la imitación? Además de constituir, como es obvio, el núcleo de la convención social<sup>10</sup>, de la cultura en definitiva, está —hay firme fundamento para creerlo— relacionada con la particular especialización hemisférica del cerebro humano. En efecto, por un lado, la vieja y

---

<sup>7</sup> Justo la misma capacidad discriminante que tiene cualquier término-índice. El vocativo de los términos de parentesco, así como su utilización designativa en el seno de la familia, pertenecen claramente al «aparato formal de la enunciación» que decía BENVENISTE. En realidad, se podrían llamar «términos-índice», si decidiéramos amparar bajo esa denominación los fenómenos de mera impregnación contextual.

<sup>8</sup> PREMACK, p. 146.

<sup>9</sup> Esa afirmación creo que no es obstaculizada en absoluto por el hecho de que sean los balbuceos espontáneos del niño los que hayan inspirado en todos los idiomas las palabras más usadas por el niño (mama, baba, papa, tata...). En efecto, puesto que hemos definido la holofrase como una producción conativa, y, por tanto, deliberadamente comunicativa, está claro que no podemos considerar holofrases los «mama» o «baba» hasta tanto que no hayan sido dotados por los adultos —interpersonalmente, que diría Vigotski— de esa intencionalidad comunicativa. Ahora bien, entonces ya esas producciones del niño cumplirían el requisito de ser producto de la imitación y del aprendizaje, incluso en el perfilado fonético-idiomático al que progresivamente se iría acercando el niño.

<sup>10</sup> De los dos rasgos que definen la convención, el de arbitraria o no motivada, y el de estipulada rígidamente, LEWIS, 1969 —oportunitísima «glosa de una *platitude*»— tuvo el acierto de subrayar el segundo.

rotunda formulación de Broca (hemisferio izquierdo o dominante, el lingüístico; hemisferio derecho, no lingüístico) ha sido matizada en las últimas décadas, y ya está claro que lo entonatorio tiene su sede en el hemisferio derecho. Por otro lado, se ha comprobado que las pautas motoras que se realizan normalmente con la mano derecha (la mano controlada por el hemisferio izquierdo o dominante) siguen siendo controladas por ese mismo hemisferio cuando de modo forzado se hacen con la mano más torpe, la cual parece indicar que no es la mera contralateralidad lo que está en juego, sino la naturaleza de las pautas. Así pues, la diferencia entre los dos hemisferios sería paralela a la que separa lo entonatorio, por un lado, y el coser y lo articulatorio-fonético, por el otro. Y lo que el coser y lo articulatorio-fonético tienen en común es que son conducta aprendida, es decir, conformada y modelada por la imitación, justo lo que, como antes vimos, no parece ser lo entonatorio.

### IIc De la imitación de un código a la de un mensaje concreto

Por mucho que lo que ahora estamos utilizando para separar de cualquier comunicación animal a la holofrase se nos acabe de revelar como relacionado nada menos que con la cultura y con la particular especialización hemisférica del cerebro humano, por mucho que ello sea así, debemos, no obstante afinar un poco la anterior formulación del criterio. En efecto, siguiendo paso a paso la evolución lingüística del niño, y en concreto su salida de lo holofrástico, puede verse que la causa inmediata de la superación del estadio holofrástico no es ya la condición de aprendidas de las pautas articulatorio-fonéticas, sino una imitación de tipo más concreto (También es a través de esta matización —ya se adivina— por donde más adelante podremos proponer lo que se adelantó en el resumen introductorio). Fijémonos en que los más tempranos mensajes bimembres, es decir, justo los que están en la salida misma de lo holofrástico, tienen como primer miembro una repetición del mensaje que justo acabe el niño de oír. Un ejemplo típico es el siguiente. La madre ha instado al niño con un «¡Más!» para que acabe de tomarse la leche: «Más; anda, más, tómate un poquito más». Y el niño responde con un «Más, no».

Ahí no hay todavía predicación: el «no» que funciona como segunda parte es el rechazo de un mensaje conativo —rechazo que podría manifestarse asimismo por un manotazo, o un «¡Fuera!» o «¡Déjame!»—, y de ahí que, en vez de predicado, debemos considerarlo conativo<sup>11</sup>. Sin embargo, el «Más, no» supone un avance respecto a lo holofrástico: por un lado, está el hecho de que hay dos miembros, y, por otro lado, o, mejor dicho, viendo lo mismo desde otro ángulo, el «más-primer parte» ha perdido la fuerza conativa que las palabras del niño siempre habían tenido antes de ese momento. ¿En qué medida se da en el «más-primer parte» tal pérdida? Con él, el niño no está en absoluto —ello es evidente—

<sup>11</sup> O con más precisión: Debemos considerarlo anticonativo, y por ello mismo conativo.

pidiendo más. Ese «más» está empleado como base acotadora del «no». Pero entonces ¿con qué valor se usa ese «más-primer parte»?

Yo propondría que está representando el acto de habla del interlocutor —la petición de la madre, en nuestro ejemplo—. Por eso es por lo que el «más-primer parte», aunque ya no propiamente conativo, carece sin embargo todavía de la libertad de poder tomar otros valores distintos: sigue ligado al valor conativo, aunque éste sea en él una mera sombra, un mero referirse al valor del modelo inmediato. Pero reparemos en que al describir así la posición del «más-primer parte» dentro de la escala «fuerza conativa entera/fuerza conativa perdida», nos hemos encontrado con una imitación de un nivel más profundo que la que daba lugar a la conformación codificada de las pautas empleadas en las holofrases. La imitación no es ahora de la pauta motora que pertenece a todos, y, por lo mismo, a nadie particularmente. Ahora el niño imitaría ya un acto de habla concreto del interlocutor<sup>12</sup>.

## IId La imitación aún más profunda y la predicación

Pero en el «Más no», en esas primeras superaciones de la holofrase, no hay todavía predicación, ni se da todavía completa esa separación entre significado aséptico y valor modal sin la cual son imposibles las palabras verdaderas, los elementos de disponibilidad funcional variada. Por tanto, nos falta todavía que ver el paso crucial. ¿Cómo se llega a la predicación? Si lo que hasta ahora hemos observado no fuera casual sino que se tratara en realidad de algo lícitamente extrapolable, podríamos entonces esperar que este nuevo paso se acompañaría con una nueva profundización en la imitación. ¿Será acaso de verdad así? Y eso que ahí se invoca —esa imitación aún más profunda y personalizada—, ¿en qué podría consistir?

Lo más conveniente será estudiar el punto de llegada, o sea, la predicación. Y lo que sobre eso queremos primero proponer<sup>13</sup> es que el tiempo de lenguaje

---

<sup>12</sup> El que la posibilidad de «reacción lingüística a una manifestación lingüística de otro» esté ligada a la posibilidad de «reproducir el mensaje concreto del otro» fue ya insinuado por Benveniste. Su artículo «Comunicación animal y lenguaje humano» resulta ser así una de las formulaciones más penetrantes de esa temática, y ello a pesar de que su planteamiento —código de las abejas frente al lenguaje humano— podía haberse satisfecho con sólo apelar a la intención/no intención comunicativa del productor.

<sup>13</sup> Con ello todavía no hacemos sino repetir una idea puesta de relieve por muchos autores. Así el acto comunicativo predicacional se ha definido como aquel acto comunicativo en que «el emisor se siente directamente afectado o perturbado por la estructura de aprehensión de la realidad que tenga (que tenga a juicio del emisor) el receptor» (SÁNCHEZ DE ZAVALA, 1978, p. 54). Y el considerar la predicación como «bisagra entre lo conocido y lo desconocido por el destinatario», es, por otra parte, lo que subyace a la noción de «articulación temática», de la Escuela de Praga. Precisamente, lo único que de nuevo contendrá nuestra propuesta (en el texto del trabajo, ya en seguida) sobre lo predicativo podría describirse como una integración de esas dos versiones. En efecto, la primera nos habla de la *aprehensión* insuficiente que de la realidad tenga el oyente, pero hace fun-

que es la predicación no pudo originarse sino a la zaga de la advertencia —advertencia por el futuro hablante de la predicación— de un desfase entre aquello que él y aquello que su interlocutor conocen acerca de una misma cosa. Por mucho que, una vez adquirido el mecanismo predicativo, se lo pueda emplear para otros usos (lenguaje interiorizado, función fática de Malinowski-Jakobson, desahogo expresivo que adopte una forma verbal construida de antemano y pulsable de un solo saque...), su origen tuvo que estar vinculado a aquella función comunicativa que tiene necesidad absoluta de ese mecanismo, es decir, a la función comunicativa donde el hablante busca corregir o poner al día el contenido mental que acerca de una determinada cosa él atribuye a su oyente.

Recordemos que la comunicación deliberada<sup>14</sup> —la que aparece en el niño mayor de nueve meses, más o menos, y en los mamíferos— nace con lo conativo, es decir, con la comunicación en la que buscamos que el mundo se modifique de acuerdo con nuestros deseos (p.e., que aquél a quien quiero tener cerca acuda, o que aquello que apetezco me sea dado). Y ello, esa prioridad de lo conativo, es algo perfectamente lógico; en efecto, para el hablante lo conativo es útil sin más condiciones. En cambio, comunicar lo que se sabe no puede aparecer como nada útil (y la génesis de formas y mecanismo adecuados para ello no habría sido, pues, posible) a menos que introduzcamos ese elemento al que nos referíamos, a saber, el reconocimiento por mí, hablante, del desfase cognitivo entre el otro y yo, entre nuestros respectivos conocimientos acerca de una misma cosa.

Pues bien, a esa propuesta sobre las predicaciones originarias o paradigmáticas le vamos ahora a añadir un matiz más, una nueva especificación y causa de mi predicativa, sino que sería también el elemento temático (o sujeto desde el punto de vista de la sintaxis comunicativa) de ésta. Pero ¿qué representa el que el elemento temático sea el contenido mental que sobre la cosa de que se trate el hablante haya atribuido al destinatario? En este punto es donde conectaremos con nuestra hipótesis de la imitación progresivamente más profunda.

Pero antes hay que indicar que esa propuesta sobre el elemento temático la he defendido por varias vías en otros trabajos. Por la vía gramatical argumentamos que el único medio de conseguir la coincidencia entre los dos criterios —el entonatorio y el cognitivo— que se manejan para definir el elemento temático es justamente eso, reformular el criterio cognitivo del modo dicho<sup>15</sup>. El estudio de los *puzzles* fregeanos, principalmente del primero (el cual mostramos ampliable más allá de enunciados de identidad)<sup>16</sup>, es otro importante apoyo, así como

---

cionar tal aprehensión sólo ocasión y causa del mensaje, no como parte de éste; y la segunda, justo al contrario, pone el acento en una *parte* de la predicación —el elemento temático o sujeto desde ese punto de vista—, pero haciendo coincidir esa parte con una cosa, y no con la aprehensión que de esa cosa tenga el receptor. Frente a una y otra limitación, nosotros propondremos que la aprehensión constituye justo la carga de significado de la parte.

<sup>14</sup> En oposición a lo no intencional o no deliberado es decir, a la descarga emocional que se produce exactamente igual si hay audiencia como si no la hay.

<sup>15</sup> Esto lo hemos desarrollado en «Sobre la articulación remática: Su necesario replanteamiento y sus posibilidades en algunos problemas lógico-lingüísticos», *Contextos*, V, 9, 1987, pp. 19-34.

<sup>16</sup> «El cuarto puzzle de Frege», *Agora*, próximamente.



también lo es el preguntarnos por el origen del tiempo de pensamiento que es la aserción negativa<sup>17</sup>. Para no repetir lo expuesto en esos trabajos, prescindiremos aquí de argumentar en favor de esa concepción del elemento temático y del lenguaje funcionalmente predicativo, según el cual el «Juan» de «Juan es moreno» sería un Juan-sin-el-rasgo-de-ser-moreno, y el «Venus» de «Venus es un planeta» sería en Venus cuya condición de planeta no fuese firmemente conocida por algún posible destinatario de la oración. Pero, una vez traída aquí esa propuesta, debemos preguntarnos si con ella se consigue aquella progresiva profundización, aquella escala en tres grados, que antes se sugirió caracterizaría la trayectoria de la imitación desde la mera holofrase hasta la superación no predicativa de la holofrase, y desde tal superación hasta el pleno lenguaje.

Comparemos pues esa imitación de un contenido mental ajeno en la que consistiría el elemento temático con aquella otra imitación que se daba en el «Más, no». El «más-primer parte» imitaba —representaba— un acto de petición, pero no era en absoluto tal acto de petición: había, pues, diferencia y oposición entre los deseos del que habló antes y del que habló después. Pero aquí —en lo anterior a la predicación— el hablante puede representarse la petición por él recibida, es decir, la orden que lo molesta, sin por ello tener que imaginar nada contradictorio con lo que él crea real. Pedir más —más caramelos, p.e.— implica la creencia en que hay caramelos que ya han sido dados y otros que podrían serlo en adelante<sup>18</sup>. Y tal creencia —tales contenidos mentales sobre el mundo— pueden perfectamente ser poseídos por quien más furibundamente esté en contra de la petición. En resumen, el hablante del «Más, no», aunque ha tenido que captar, y además ha imitado, una acción de su interlocutor totalmente distinta a las que él realizaría, no ha necesitado, sin embargo, pensar pensamientos contradictorios con los suyos propios. En cambio, eso justamente es lo que estamos proponiendo que habría hecho el hablante de una predicación: pensar unos pensamientos que de ninguna manera él puede asumir como suyos. En ese sentido es en el que defendemos que aquello que se imita sería más interior —más interior o personal del modelo— en la predicación de como lo es en la superación no predicativa de la holofrase.

Pero esa imitación del contenido mental de otro, ¿es o no necesario que se realice a través y por la imitación de la carga significativa de una palabra pronunciada por el otro? Piénsese que con sólo ver a una persona dirigiéndose con un vaso vacío al frigorífico, yo puedo darme cuenta de que esa persona ignora la avería, por mí conocida, del frigorífico, y podré así, por tanto, corregirle con una oración predicativa su contenido mental, insuficiente y no puesto al día, sobre el frigorífico. Indiscutiblemente, la vía no lingüística de captación de lo que haya de ser elemento temático de una predicación, es una vía posible para noso-

<sup>17</sup> Sobre la negación: Un argumento contra el origen intrapersonal de ese tipo de pensamiento», *Pensamiento*, próximamente.

<sup>18</sup> Este punto ha sido muy explicitado por quienes intentaban extender el criterio de verificabilidad a las oraciones no asertivas: Véase, p.e., ALSTON, pp. 112-113 ed. esp. cit. en Bibl.

tros, adultos con un lenguaje plenamente constituido. Pero ¿y en el origen, tanto ontogenético como histórico? Ahí creo que lo más verosímil es que la imitación se realizara por vía lingüística, ya que así el aprendiz de hablante predicativo pudo contar con la facilidad, para él tan necesaria, de encontrarse con una encarnación ya debidamente verbalizada de lo que él va a tener que utilizar. En cambio, la necesidad de la vía lingüística sería menor si lo que buscáramos explicar fuera la mera captación de un pensamiento ajeno y no el empleo de éste como elemento temático de la predicación<sup>19</sup>. Pero, puesto que nuestra cuestión ahora es la del acceso al lenguaje pleno, propondríamos que la vía tuvo que ser lingüística.

Ahora bien, para el origen (para el histórico, al menos) esa vía lingüística tendríamos que proponerla, para no caer en círculo vicioso, como no predicativa<sup>20</sup>. Por eso, en un punto de otro trabajo<sup>21</sup> subrayamos que quien pide algo o llama a alguien, está ya revelando que cree que ahí y entonces ese algo es pedible, o ese alguien, llamable, creencia que podría resultar contradictoria con la que el receptor del mensaje albergue sobre lo mismo. Además, el que puedan así, llegada la ocasión, surgir en el receptor dos contenidos mentales contradictorios acerca de una misma cosa, se ve seguramente favorecido por la recepción independiente de la vertiente articuladora y de la entonatoria. En efecto, el resultado final de la recepción de «¡Juan!» por parte de quien sabe que Juan no es llamable en ese momento (por estar demasiado lejos, p.e.) sería —proponemos— el siguiente: por una parte, en el hemisferio izquierdo, un «Juan» ausente —el propio del receptor—, y, por otra parte, como producto de la comprensión acabada o interhemisférica, un «Juan» llamable —un «Juan», pues, que el receptor habrá de atribuir a otra interioridad distinta a la suya—.

## IIe El «no», un verosímil primer predicado

Otro asunto que, aunque un poco marginal, podemos plantearnos es el de la palabra que escogerían como predicado los aprendices que acceden al lenguaje predicativo. Si admitimos como posibilidad muy verosímil la de que tal palabra habría formado parte de la panoplia que ellos de antemano poseyeran, habremos de concluir que será un término capaz de funcionar él solo —de funcionar como mensaje conativo holofrástico—. Ahora bien, ¿Cuáles son las palabras que pueden usarse tanto con valor conativo como con valor de predicado? Si el pre-

<sup>19</sup> Eso es precisamente lo que busca en «Sobre la génesis de la conciencia de sí mismo», *Thémata*, 6, 1989. Y por eso ahí, por mucho que mis preferencias vayan —lo confieso— por la necesidad de la vía lingüística también para esta conquista, me limito, sin embargo, a defender, respecto a la vía lingüística, que ella proporcionaría condiciones suficientes para la conquista.

<sup>20</sup> Como no predicativa ni interrogativa. La interrogación, en efecto, implica el concepto de predicativa, ya que es precisamente para pedir una respuesta predicativa para lo que sirve.

<sup>21</sup> Véase el citado *Thémata*, 1989, IIa2.

dicado en cuestión va a responder a una verdadera pregunta, entonces puede estar constituido por cualquier tipo de palabra, y nosotros deberemos, por tanto, declarar ociosa la curiosidad que hemos empezado a exponer. Pero si, por el contrario, se opra por atender al origen histórico del lenguaje predicativo, se tendrá entonces que descartar que el punto de partida pueda ser una pregunta verdadera: ¿acaso las auténticas preguntas no implican ya en ellas mismas la concepción de lo predicativo? El predicado originario a nivel histórico habría con-testado —propusimos en el párrafo anterior— a una llamada o petición tales como habrían inducido a su receptor a considerar que el emisor albergaría un contenido mental erróneo o incompleto acerca de la cosa llamada o pedida. Ahora bien, operando con esas premisas, la gama de candidatos a predicado originario se nos estrecha ya mucho. Los términos que ahora puedo imaginar son sólo los adverbios de lugar y el «no». Veamos los dos posibles valores de «ahí». Por un lado, la petición: «¡Ahí!» (=llévame ahí/Coloca eso ahí). Por otro lado, el predicado: El aprendiz, después de oír que llaman a alguien, puede suministrar la información por él conocida, «Ahí» (=Está ahí).

Pero, de entre adverbio de lugar y negación, diríamos que ésta última es el candidato con mejores posibilidades, y ello no es sólo porque la hayamos encontrado como la segunda parte de las superaciones aún no predicativas de la holofrase. Se trata también de que el «no» es el único término que puede funcionar justo en la frontera de los dos valores. Supóngase que yo advierto que el contenido mental que acerca de Juan tiene el otro es erróneo —es un «Juan» llamable, y, en consecuencia, contradictorio con lo que a mí me consta acerca de la ausencia de Juan—. Pues bien, cuando ya replique «no» al mensaje que acabo de recibir, ¿estaré negando una creencia (la creencia de mi interlocutor en un Juan presente), o estaré rechazando un acto de habla (el acto de llamar a Juan)? Es evidente que yo estaría haciendo ambas cosas. Mi «no», por un lado, rechazaría, como en el período prepredicativo, el acto de habla acabado de recibir, pero, a la vez, por otro lado, lo rechazaría sólo en cuanto que es un acto de habla que implica un contenido mental contradictorio con el mío. Este carácter fronterizo del «no», ese máximo primitivismo de tal predicado, se palpa también en el hecho de que no aporta ningún rasgo nuevo al elemento temático, y se limita a informar de que el contenido mental albergado por el interlocutor es erróneo, sin especificar ni cómo ni por qué lo es.

Además, si recordamos de nuevo que estamos enfocando el origen histórico, el «no» se apunta una nueva ventaja. En efecto, un problema específico para el origen histórico es el de que el receptor de la primera predicativa no poseería tal forma de lenguaje. Y para solventar esa dificultad, el «no» con el que yo rechazo el acto de habla con el que mi interlocutor llama a alguien que a mí me consta que está ausente, aparece como sumamente adecuado. Por un lado, una llamada a un tercero es difícil que pueda provocar en mí el rechazo a que fácilmente pueden llevarme en cambio mensajes que me llamen a mí cuando yo no tenga ganas de ir, o que me pidan algo que no quiero dar. Así un «No» mío a una tal llamada resulta desconcertante si se lo interpreta como conativo (conativo

en cuanto anticonativo, ya se sabe). Pero es que además, por otro lado, los acompañantes gestuales serían totalmente opuestos para un «no» de rechazo y para un «no» predicativo informativo. Mientras que para el primero coincidirían en indicar fin de la comunicación, clausura del canal..., el acompañamiento gestual del «no» predicativo, en cambio, se dirigiría a captar la atención del oyente. (Las dimensiones gestuales que Bates ha identificado en su estudio del cambio desde lo expresivo no intencional a lo intencional conativo, podrían inspirar, salvadas las distancias, este otro análisis que ahora se necesita, el del paso de un tipo de «No» al otro).

### IIf Relaciones causales en torno al lenguaje pleno: Un esquema general de la propuesta

Hasta aquí hemos propuesto que la causa inmediata y decisiva de la comunicación predicativa estribaría en el hecho de que el hablante tenga ante sí dos contenidos contradictorios acerca de una misma cosa —uno, ajeno, y el otro, suyo propio—. El contenido mental ajeno —el atribuido por el hablante a su interlocutor— pasaría a funcionar como el elemento temático de la oración y a sufrir la corrección o añadidura en la que consista el predicado; este contenido sería, pues, ahí usado, pero no respaldado. El contenido propio del hablante, en cambio, no coincidiría con el significado de ningún término, pero constituye aquello que la oración toda intenta expresar y afirmar. Así pues, en un determinado sentido, el significado de la predicación completa viene a ser equivalente al contenido prelingüístico que acerca de la cosa de la que predicará tuviera de antemano el hablante. Ahora bien —y con esto empezamos ya a tratar de una posible consecuencia del lenguaje pleno—, esa equivalencia no tiene que implicar identidad constructiva. Dar por establecida tal identidad sería dar por zanjado el siguiente asunto: El contenido mental prelingüístico ¿es ya sintáctico (es decir, compuesto de elementos de pensamiento independientes unos de otros), o, por el contrario, es una globalidad radicalmente unitaria pese a toda la riqueza de detalles que pueda incluir? ¿Está o no está construida en «mentales» sintáctico la percepción prelingüística? Pues bien, si en ese dilema se opta de modo contrario a Fodor, entonces tendremos que una tarea como la de combinar y recombinar deliberadamente los elementos mentales, una tarea tan definitoria de la inteligencia<sup>22</sup>, sería consecuencia del lenguaje pleno (del ya predicativo y sintáctico).

---

<sup>22</sup> Combinar elementos independientes e integrarlos en una unidad nueva, ¿no podría ser acaso lo constitutivo de la creatividad? Esa sugerencia la he hecho en «La metáfora como resolución de un problema comunicativo-lingüístico», *Diálogos*, n.º 57, en prensa (Véase el final de la Parte I, o, para concretar más, la crítica de las situaciones de BLACHWICZ considera ejemplos cotidianos de descubrimiento como corrección).

Pero tras ese asomarnos furtivamente a las consecuencias, volvamos a las causas. La causa inmediata —la imitación de pensamiento ajeno— dependería de la imitación de acto ajeno, y ésta a su vez sería posibilitada justo por aquel avance que la holofrase vimos suponía respecto a la llamada del pequeño chimpancé. En la base, pues, estaría lo articulatorio-fonético conformado por imitación, y perteneciente por ello al tipo de conductas que, habiéndose multiplicado gracias a la conquista de unidades motoras cada vez más pequeñas (gracias al desensartado que hace posibles los ensartados no innatos, como dijo Lorenz), habrían llegado a requerir un hemisferio cerebral para ellas solas.

Por último, permítasenos volver a subrayar que la causa inmediata y crucialmente decisiva del lenguaje pleno consistiría, según la presente propuesta, en la captación de que el otro tiene, igual que yo, una interioridad, pero una interioridad distinta a la mía. Diciéndolo de otro modo, la capacidad de captar al prójimo, lejos de depender de la inteligencia humana o de los recursos proporcionados por el lenguaje pleno sería, por el contrario, el rasgo humano que desencadenaría la aparición de los otros rasgos que son el lenguaje pleno y el pensamiento combinable y recombinable. ¿Valdría también como otra posible formulación el decir que lo interpersonal sería el origen de los procesos intelectuales exclusivamente humanos? Podríamos desde luego valernos de esa fórmula vigorskiana con tal de que añadiéramos y puntualizáramos que lo interpersonal ahí mencionado debe ser entendido a la letra (*interpersonal*), como la relación ya exclusivamente humana ella misma que consiste en captar la interioridad ajena al lado de la propia.

(Mayo, 1990)

- 
- ALSTON, W. P.: «Filosofía del lenguaje», Alianza, Madrid, 1974.
- BATES, E. et. al.: *The emergence of symbols: Cognition and communication in infancy*, Academic Press, New York, 1979.
- BENVENISTE, E.: *Problemas de lingüística general*, primer tomo, siglo XXI, México, 1972, pp. 56-62 («Comunic. animal y leng. formal de la enunciación», orig. 1970).
- DAVIDSON, D. y J. HINTIKKA, eds.: *Words and Objections*, Boston, Reidel, 1969.
- DAVIDSON, D.: «Reality without reference», *Dialectica*, 31, n.º 3-4, 1977, pp. 247-258.
- DEGLIN, V.L.: «Nuestros dos cerebros», *Infancia y Aprendizaje*, 1978, pp. 37-53.
- LEWIS, D.: *Convention: A Philosophical Study*, Cambridge Mass. Harvard Press, 1969.
- MILLAR, A.: «Where's the Use in Meaning?», *Dialectica*, 39, 1, 1985, pp. 35-51.
- PERECMAN, E. (ed.): *Cognitive Processing in the Right Hemisphere*, Academic Press, 1983.

## Adquisición del lenguaje y antropología

- PÉREZ, M. y J. CASTRO: «Fenómenos transicionales en el acceso al lenguaje», *Infancia y Aprendizaje*, vol. 43 1988, pp. 13-36.
- PREMACK, D.: «El conocimiento animal», ANGUERA, T. y VEÁ, J. (comp.), *Conducta animal y representaciones mentales*, Promociones de publicaciones universitarias, Barcelona, 1984.
- SÁNCHEZ DE ZABALA, V.: *Comunicar y conocer en la actividad lingüística*, Ariel, Barcelona, 1978.
- SEARLE, J.: «Indeterminacy, empiricism, and the first person», *The Journal of Philosophy* March 1987, pp. 123-146.
- SOLOMON, M.: «Quine's Point of View», *The Journal of Philosophy*, 1989, pp. 113-136.
- WEIR, A.: «Realism and Behaviourism», *Dialectica*, vol. 40, n.º 3, 1986, pp. 167-200.